

Agustín Blanco Moro

REMEMBRANZA HISTÓRICA Y
SOCIAL DE ESPAÑA EN SU
PROTECTORADO DE MARRUECOS

1998

@ Es propiedad del autor

Desde hace algún tiempo me ha dado por leer todo lo que cae en mis manos, referente a aquello que se llamó Protectorado de España en Marruecos.

Lo juzgo mal concebido, peor gestado y bastante mal ejercido. Para mí tengo que fue algo así como el parto de los montes.

Su historia la escribieron otros. Yo la tamizo a través de mis vivencias personales ya que fui testigo presencial y a veces modesto participante desde su inicio hasta su conclusión.

No me cabe pedir disculpas a nadie porque mi manera de ver las cosas es de mi exclusiva pertenencia y mi manera de contarlas tampoco me creo yo que sea para escandalizar a nadie.

Yo pienso que la historia de España y especialmente la del siglo que ahora se nos muere, sólo puede provocar una sonrisa amarga en los españoles de bien. Pienso que nos hubiera ido menos mal si no hubiéramos abierto y cerrado el siglo con la dinastía borbónica y con los políticos que actuaron de porteros:

Sagasta para abrir su puerta, la del siglo, y Aznar para cerrarla.

1

Evoquemos el escenario y los actores que interpretaron la comedia, con tintes de farsa a veces.

Europa entonces mandaba en el mundo y hacía en él las mismas arbitrariedades que hoy hace Norteamérica, su heredera.

Dentro de Europa había tres países, Francia, Alemania y el Reino Unido, que dictaban la ley del más fuerte. Los demás éramos, entonces como hoy, simples comparsas. En el contexto europeo, el hilo conductor del origen del protectorado sobre Marruecos, está en Francia y en su glotonería de suelo africano.

Solamente los otros dos grandes colosos europeos, Alemania y el Reino Unido, pueden frenar su apetito y de hecho lo frenan más de una vez.

Por razones obvias de geopolítica, el África del Norte representa para Francia el plato rey de su “cocina colonial”.

Ya hace más de setenta años que se ha engullido Argelia, a la que tiene la humorada de llamar provincia francesa, y Túnez de segundo plato, al que llama protectorado. La falta el postre, que va a ser Marruecos.

Sería curioso y en gran parte explicativo, analizar la trama del tejido social de aquella época que nos arrastró a aquella aventura.

Tendríamos que estudiar en primer lugar y sobre todo, la psicología social de la dulce Francia, la gran protagonista.

Vivía ella en la cúspide de su chauvinismo. Se sentía orgullosa de si misma, de su “grandeur”, y no sin razón.

Se ha inaugurado el metro de París y la Exposición Universal. Los hermanos Lumière han inventado el cine y Mme. Curie descubre el radio y el plutonio. Josefina Baker implanta el charleston. Hay en el aire francés una mezcla feliz de frivolidad y de seriedad que Francia sabe digerir para adornarse y para deslumbrar al mundo. Hay una conjunción entre el sentido práctico y comercial de sus políticos y el romanticismo en acción de sus militares. El ejército francés es el mejor preparado de este inicio de siglo en Europa - lo fue hasta la debacle de 1940 - y además el más culto o por decir mejor, el único que tiene cierta cultura humanística.

Si de Marruecos hablamos, tenemos que hacerlo del mariscal Lyautey, que al decir de André Maurois fue el último constructor de imperios.

Alemania también brilla en la Europa de la época, pero no deslumbraba. Todo en ella, desde el Gran Zeppelin hasta los uniformes del Kaiser, es demasiado ostentoso para impresionar seriamente.

Sus grandes sabios son también demasiado sabios para soportar una sociedad tan compacta y poco permeable. Prefieren marcharse a Inglaterra y a los Estados Unidos. Y con respecto a Marruecos, la historia que yo he leído deja la impresión de que Alemania no tenía muy claro lo que quería, aparte de estorbar la actividad expansiva de Francia. Y los cañones del Panther frente a Agadir en 1902 y la pomposa visita del Kaiser Guillermo II a Tánger en 1705, son expresiones diferentes de un mismo sentimiento de celos ante los éxitos de la “penetración pacífica” que ha iniciado Lyautey por el este del imperio cherifiano.

La política francesa consigue desembarazarse de los gruñidos germanos mediante concesiones en Togo y en el Camerún.

Desde 1904, franceses e ingleses se entienden bien cuando se trata de repartirse el suelo africano. Los galos se desentienden de Egipto en provecho de la pérfida Albión (como los cronistas cursis de la época llamaban a la Gran Bretaña) y esta se desentiende de Marruecos en provecho de Francia.

Si la geografía hubiera puesto a Marruecos dónde esta Egipto, es decir bordeando la ruta marítima que conduce desde el Reino Unido hasta la India, hoy Marruecos hablaría inglés, el idioma del imperio y de la técnica.

No es que a los británicos les faltara una juventud imperial para estos menesteres de engullir tierras ajenas, pero estaba muy ocupada en imponer la “pax británica” en otras regiones de África y de Asia.

La conferencia de Berlín (1885) ya había trazado una escandalosa cuadrícula sobre el mapa de África, pero faltaba colorear cada cacho con los colores de las banderas respectivas de las potencias europeas, es decir que faltaba la presencia real, efectiva y eficiente, de estos hombres que parecían haber nacido y haber sido educados para llevar esas vidas novelescas, entre místicas y canallas, que extendían el imperio.

En ese conjunto de islas frente a la orilla atlántica de Europa, creció un sutil espíritu que se ha tildado con muchos calificativos, casi todos ellos un tanto peyorativos: fenicio, hipócrita, aventurero y un largo etcétera. Yo le encuentro indefinible, pero en el fondo le he admirado cuando he visto cómo se cultivaba y crecía lejos de las islas brumosas que le engendraron.

Nadie mejor que Graham Greene lo ha plasmado en sus novelas. Yo lo he palpado cuando pisaba las tierras de África y, en el fondo, lo he envidiado para España y para los españoles que me he encontrado por el mundo exterior y que no estaban precisamente adornados de él.

Al reino Unido, repito, no le faltaban hombres para esta empresa del sueño colonial, pero debido al acuerdo con Francia los canaliza

hacia el África del Sur y del Este y hacia la joya de la corona, la India.

Unos dos mil de estos hombres integraban el Indian Civil Service que gobernó un subcontinente de trescientos millones de habitantes.

Hombres que en la soledad de la jungla se imponían a sí mismos la disciplina, los ritos y los gestos de una sociedad culta, de una patria lejana “elegida por Dios para gobernar el mundo”.

Se bañaban, se afeitaban esmeradamente, se embutían en sus smokings y cenaban, solos pero embriagados de su celo y de los numerosos brindis por la reina Victoria que ellos ofrecían y a los que ellos mismos se respondían.

Lejos de la India, en el continente africano que los europeos consideraron como su segunda casa, otros británicos no menos pintorescos practicaban la misma religión. La del hombre blanco, protestante y angloparlante. Bien claro lo dijo Cecil Rhodes, y además por escrito: “yo dedicaré el resto de mi vida a los propósitos de Dios y le ayudaré a lograr que el mundo sea inglés”.

Con este credo subieron desde Ciudad del Cabo hasta encontrarse con los que bajaban desde El Cairo.

2

En el Marruecos feliz de los albores del siglo, también se hizo célebre uno de estos especímenes.

Si uno va a Tánger y entra a tomarse una copa en el bar del hotel Minzah, se encuentra con su impresionante retrato: el caid Harris.

A este escocés que servía como oficial en el ejército británico de Gibraltar, le da un día la ventolera y se instala en Marruecos, primero como instructor de un tabor del ejército de Muley Hassan, y a la muerte de este sultán consigue instalarse en el "mechouar" (la corte) del sucesor, Abd-El-Aziz, dónde ejerce como consejero militar, político, mundano, financiero y comercial. Este curioso agente polifacético se llamaba en realidad Sir Harry Mac Lean y los marroquíes le llamaban "El C'ronel".

En aquellos inicios del siglo que ahora termina, Marruecos era una fiesta. Así lo hubiera dicho Hemingway si lo hubiera conocido entonces.

En determinado momento llegó a tener hasta tres sultanes, pero la autoridad del sultán era más soportable para el marroquí de la época que lo era para su coetáneo francés el gobierno de su república o para el español la dinastía borbónica.

Cuando el sultán necesitaba algún "douro" extra para su siempre escasa hacienda, tenía que ponerse en campaña, con su inefable mehal-la, para extraerlo a la fuerza de las bolsas de sus súbditos.

Orgullosos súbditos, siempre celosos de su libertad, que tenían una cosa bien clara sobre todas las cosas: que no querían ser protegidos por nadie. No por el sultán, menos por los franceses y menos aún por los españoles cuya intolerancia conocían bien desde los tiempos, ya lejanos, de aquella Granada gobernada por los capitanes de los Católicos Reyes.

Calificaba de inefable a la mehal-la cherifiana, la del sultán. Su reclutamiento y organización, su financiación casi siempre a crédito de lo que consiguiera afanar, y su funcionamiento, eran todo un tratado de psicología social y, si me apuran, de poesía militar.

Algo, un poquitín solamente, de esa poesía en armas, tuvo más tarde la mehal-la que los españoles llamaron jalifiana.

Yo no puedo creermé ni la mitad de la historia de Marruecos escrita por los europeos. A mí me parece, por lo que he leído, y vivido allí, que al empezar el siglo XX Marruecos no estaba instalado en la anarquía como pretendió Europa para justificar su intervención. Esa era la postura de Francia, sobre todo, en su papel de Harpagon de la comedia.

Marruecos vivía su suerte de no ser un estado en el concepto moderno del término. Sus hombres y mujeres cumplían su ciclo vital - nacían, crecían, luchaban, se reproducían y morían - sin sentir apenas la opresión del estado, en un nivel de libertades que para ellos mismos hubieran querido los franceses y españoles de aquella época.

Es decir, que cumplían sus vidas en animada convivencia entre sí, lo que quiere significar, naturalmente, que también las vivían en animada competencia y violencia entre sí.

Vivían, en definitiva, el ciclo vital de la especie humana. Sin la injerencia estatal que ya practicaban las democracias europeas.

Apartadas ya Inglaterra y Alemania de la escena dónde se va a interpretar el Protectorado, esta queda configurada como un triángulo, yo diría que rectángulo: la base, el sufrido suelo, fue Marruecos; la hipotenusa Francia, la dulce Francia, que pesa sobre el suelo y sobre el otro cateto que es España:

España, que apoya su magro peso propio sobre el magro peso de Marruecos y que en tanto que cateto transporta el peso sobreañadido de una parte de la hipotenusa.

Entonces vamos a evocar, con las ensoñaciones y las medias verdades de la historia, cómo era España en aquella época dónde sobre aquella escena triangular nos tocó hacer de catetos.

Mejor diríamos, para ser más precisos, que se trata de evocar cómo eran nuestros políticos y nuestros militares durante esa mitad algo larga del siglo XX, porque los demás españoles éramos como lo somos hoy: unos mandados.

España tenía al empezar el siglo, unos minúsculos cachitos de suelo norteafricano. Los tenía o poseía a su manera, entre sórdida y picaresca. A la manera que nos contó ya hace mucho tiempo Guzmán de Alfarache. A la manera que nos cuenta Juan Antonio Miranda en "Ulad Mlilia".

Los cachitos más grandes de aquella ridiculez que envenenó nuestra historia eran Ceuta y Melilla. Y para España, en aquella época, no tenían todavía la consideración de ciudades. Se les llamaba "presidios africanos" y los gobiernos de entonces desterraban allí a los hombres que tenían por malos.

En los alrededores de aquellas tierras que llamábamos nuestras por derecho de conquista, nos enzarzábamos, o se enzarzaban los militares españoles, en guerrillas y escaramuzas con los fronterizos que, como en todas las disputas de vecinos, unas veces las provocaban ellos y otras éramos nosotros los provocadores.

En cualquier caso, para nada servían mas que para que el ejército se auto justificase en su razón de ser y para que algunos militares obtuvieran citaciones, recompensas y medallas, aparte de algunos pluses que pudieran escurrirse desde las arcas de la intendencia. Yo he leído, en uno de esos libros de historia que nos cuentan la vergüenza de Annual, que siendo Maura presidente del gobierno pidió al Ministerio de la Guerra una relación de ascensos y recompensas. En la respuesta, firmada por el general Ampudia, se le detallan 132.925 condecoraciones y más de 1.587 ascensos por méritos de guerra en el período de 1909 a 1913.

Aquellas parodias de guerra nos harían hoy sonreír, si no fuera porque en ellas hubo muertos como en las guerras de verdad.

No nos faltaron entonces escritores que nos las contaron. Tampoco nos faltan hoy aquellos que nos las recuerdan, con el estilo de hoy y con la perspectiva que da la historia. De la lectura de aquellos y de estos, un español de hoy, por muy optimista y bien pensado que sea, no puede sacar mas que una penosa sensación de asco. Un sentimiento de frustración, una creencia en que podía tener razón aquel que dijo que son españoles los que no pueden ser otra cosa.

Aquellas guerritas, que en su conjunto y con la perspectiva histórica, pueden considerarse como una guerra, merecen ser contadas en clave de humor, con la irónica y amarga inteligencia con que la cuenta Haro Tecglen en “el niño republicano”. Nos dice que se llamó “la guerra del moro” o “guerra de África”.

Dan la impresión de que eran guerras casi privadas de algunos generales y teníamos entonces quinientos de ellos, casi cinco veces más que ahora.

Nos parece como si no hubiera habido en ellas, una mínima planificación técnica previa ni una evaluación posterior de los resultados catastróficos obtenidos, ni de las vidas y los dineros que costaban. Nos parece que Melilla estaba más lejos que ahora del

gobierno de Madrid y del estado mayor del ejército. Que los restos de nuestra marina no podía navegar desde los puertos de Cádiz, Málaga, Almería o Cartagena hasta el de Melilla, por lo menos para llevar agua potable y alpargatas de repuesto a nuestros soldados. Nos parece también que después de aquellos alardes estratégicos y tácticos que acababan en desastres, había que dar alguna explicación a las Cortes y a la Prensa y entonces se creaban discursos grandilocuentes que se traducían en la calle en algaradas callejeras como la semana trágica de Barcelona (que ni fue tan trágica ni duró una semana), y en narraciones para porteras, y en lamentables canciones de ciego.

Así nos lo parece, repito, y pluralizo porque no me creo que sea yo el único en percibir de la lectura de la historia española esa sensación de bochorno.

Nos parece, en fin, que la historia de aquellas guerras podía contarse como un “vodevil”. Aquel general que estando en un fuerte decide trasladarse a otro para saber lo que pasa allí y que como no se entera tampoco, sale al campo exterior como si fuera a comprar el periódico y que nada más salir le atraviesan el ros de un balazo. Y debajo del ros tenía la cabeza. Parece ser que aquella guerra duró muy poco más de veinticuatro horas, (1893).

Aquel otro que se levanta una mañana con el cuerpo marchoso, que se viste con su mejor uniforme, que tal vez tiene algún zurcido de los batacazos de Cuba y Filipinas, y que le dice a la tropa venga muchachos, a caballo, que hoy vamos a conquistar el Gurugú. Forman todos en orden de desfile y avanzan por un barranco dónde les van friendo a tiros y a pedradas por riguroso orden jerárquico. “De cuatrocientos que iban - decía la copla - sólo quedan treinta y dos. (1909).”

Aquel otro general, de asilvestrado bigote, que en la cúspide de los desastres decide tomar Alhucemas por cojones. Al parecer los

tenía benditos y jaleados por el joven monarca. Le pararon los rifeños en Annual y nunca más se supo de él pero sí de los cerca de veinte mil españoles que no tuvieron más remedio que seguirle y que allí se quedaron, muertos al sol.

3

Pero volvamos a Europa y en concreto a Francia, cuya política de “penetración pacífica”, con más de penetración que de pacífica, por supuesto, tenía tanto éxito. Francia “penetraba” con largueza, desde el sur a partir de 1900 con la ocupación de los oasis de la Saoura, y desde el este a partir de 1907 con la ocupación de Oujda, y “pacificaba” justo lo suficiente para no tener que desandar lo andado.

Precisamente lo contrario de lo que hacíamos nosotros por aquellos primeros años del siglo, que andábamos y desandábamos el mismo camino como aquel que no sabe dónde quiere ir o que no tiene brújula.

La política francesa con respecto a Marruecos, tan ambiciosamente ideada por sus políticos y tan fielmente secundada e interpretada por sus militares, provoca los gruñidos de Alemania y nos lleva a la Conferencia de Algeciras en 1906.

Francia, España y Marruecos, además de otras diez potencias, discuten en Algeciras durante los cuatro primeros meses de 1906 y finalmente firman el Acta correspondiente.

¡Cuánto se puede reflexionar o incluso fabular sobre la firma del documento diplomático de alcance histórico que tuvo lugar hace noventa y dos años en aquel puerto andaluz!

La historia puede contarse - o escribirse - de múltiples maneras y la misma historia oída - o leída - por distintas personas, será interpretada a la manera de cada una de ellas.

Un marroquí de mi edad, o sea que todavía no hubiera nacido cuando nacía este siglo, podía pensar en el dolor de aquellos plenipotenciarios de immaculadas chilabas blancas, de patriarcales barbas también blancas, que tuvieron que firmar en nombre del Sultán. Ellos sabían, con la proverbial sabiduría de los hombres viejos de un viejo país, que estaban hipotecando la independencia del suyo. Tardarían medio siglo en recuperarla. No les quedaba otra opción ante la insolencia y la prepotencia de Europa.

Un francés podía pensar, creo yo, que Francia se llevó el gato al agua apoyándose en su “grandeur” y en su habilidad para ejercerla.

Y el español que soy yo, que tengo el dolor de España y que al mismo tiempo estoy enamorado de Marruecos y que admiro a Francia, piensa la tira de cosas. Os diré algunas:

- Pienso que aquel pueblecito andaluz dónde se firmó el Acta, debería oler a miseria y a pescado frito.
- Pienso que el noventa y ocho por ciento de los españoles de la época no se enteraron de lo que firmaron, en nombre de España, sus políticos. Que entre la casta militar, ese porcentaje de ignorantes, conscientes o no, del contenido del Acta, se pudo elevar al noventa y nueve y medio por ciento.
- Pienso que el lenguaje diplomático puede ser, y de hecho lo es, la repera. En el mismo documento se puede escribir una cosa y la contraria sin que, aparentemente, se note mucho el contrasentido. Y en aquel documento se plantea como principio absoluto el respeto de la independencia de Marruecos y de la soberanía del Sultán al mismo tiempo

que se dispone que los tabores de policía de los puertos sean encuadrados por oficiales franceses y españoles, que el Banco de Marruecos, la recaudación de impuestos, las aduanas y las obras públicas, también sean controlados por estos dos países. ¿Dónde queda pues la independencia?

- Pienso que el Acta de Algeciras fue para Marruecos algo así como el Tratado de Berlín para el resto de África: se dibujaron tres zonas sobre su mapa pero había que colorearlas con tres colores, internacional, francés y español. Allí cada cual de los pintores encargados de la tarea para conseguirla.

Francia tuvo un Lyautey, encarnación de su elite protestante más inteligente. El ladino mariscal tuvo más de político (gestor de la cosa pública) que de militar (oficiante de guerras) y a su manera se enamoró de Marruecos.

El mariscal fue un espíritu aristocrático que se tenía a si mismo por divino. Como tal tenía su propia idea de la grandeza de Francia, que era él, y de la grandeza de Marruecos, que también era él. Nada pudo ser más grato a su espíritu imbuido de tanta grandeza que encontrarse con los grandes señores del Sur marroquí acostumbrados a mandar con la naturalidad de los aristócratas que creen que tal vez haya un Dios clemente y misericordioso para todos, pero que indudablemente y por derecho propio, lo hay para ellos. Si acaso fuera el mismo, es decir si hubiera un Dios único, que no se permitiera distingos y honores con su alta alcurnia, lo asesinarían inmediatamente.

Este hombre fue providencial para Francia en su proyecto marroquí. En seis años de penetración profunda y de pacificación suficiente, consigue lo esencial de su tarea de teñir Marruecos con los colores de Francia y de insembrar sobre una vieja y admirable

cultura lo mejor de la cultura gala. Después de la pausa de la primera guerra mundial y hasta 1925 perfecciona y ultima la obra.

En marzo de 1912, en Fez, hace que el sultán se resigne a firmar un Tratado de Protectorado y en agosto del mismo año obtiene la abdicación del sultán Mouley Hafid y entroniza en su lugar a su hermano Mouley Youssef. En noviembre, para redondear la faena que diríamos en español, se firma el Tratado franco-español por el que se nos subarrienda (nos guste o no la palabra) una zona del protectorado que el sultán había pactado con Francia.

Esta fue la génesis del Protectorado, que en su origen fue uno y que la astucia francesa convirtió en uno y cuarto.

4

Así fue como se nos vino encima a los españoles aquella tarea ingente y en todo caso superior a las capacidades políticas y militares de la España de aquella época. ¿Cómo íbamos a proteger a alguien que no quería dejarse proteger sino que, al contrario, quería que nos fuéramos con la música a otra parte?

Analicemos, desde la distancia y con todo el sosiego posible, la columna vertebral de aquella sociedad que a la sazón era la nuestra:

A su cabeza el Rey. Aquel monarca que, en mi opinión, fue el más chulo de todos los Borbones que en España han sido, había jurado la constitución al cumplir sus diez y seis años, en 1902. Yo pienso que hizo el juramento con la boca pequeña y así le fue. Luego hablaremos de él.

Después venían sus ministros, los senadores y diputados en Cortes. Todos ellos grandes y grandilocuentes oradores, con encendido verbo, con tópicos a “gogó” y con ideas no muy profundas salvo, como ahora, la de aferrarse al poder.

Maura, varias veces "repe", Canalejas, Dato y Romanones, son tal vez los más recordados de aquellos primeros quince o veinte años del siglo-génesis del protectorado de Marruecos.

Inventaron la alternancia en el gobierno y se sucedían entre si a un ritmo parecido al de los generales con mando en África.

Inventaron también algunos "slogans" con gancho. Así Maura dijo aquello de la revolución desde arriba, pero no se hizo ni desde arriba ni desde abajo. También aquello de "nosotros somos incompatibles con las digestiones sosegadas". Otra mentira.

Ninguno de ellos tuvo la capacidad de traducir sus ideas en medidas prácticas, revolucionarias y justas, que significaran algo positivo para elevar un poco el lamentable nivel de vida de una sociedad que ya tenía veinte millones de ciudadanos y una renta per cápita de ocho mil pesetas.

Y en tercer lugar, los Generales del Rey. Tal vez debieran figurar en el segundo lugar, por delante de los políticos, porque debido a las aficiones africanas, cuarteleras y falderas de aquel monarca, se entendiera mejor con ellos que con los políticos.

Yo he leído y ya lo he contado que, general más general menos, sumaban ellos quinientos, así que un protectorado mucho más grande en extensión que aquel que se nos confió en Marruecos, hubiéramos necesitado para colocarles a todos ellos.

No llegaban a esa cifra los generales de los ejércitos europeos que por aquel entonces tenían un peso específico.

Todos ellos eran bizarros y heroicos, pero más los que conseguían un mando en Marruecos.

Todos ellos estaban ansiosos de combatir, como jóvenes potros, aunque ya no lo fueran, para conseguir honor y gloria. Para conseguir también nuevos y brillantes uniformes, con más medallas, porque los que aun conservaban de Cuba y Filipinas estaban ajados por la manigua y rasgados por los machetes de los que ellos llamaron insurrectos.

Al español, extraño y raro por supuesto, que cayera en la tentación de leer la historia de aquella España que empezaba el siglo, le parecería patética la vida de aquellos generales que

teníamos entonces. Su incapacidad militar fue la risión de Europa y la consternación y el luto de España.

Yo estoy convencido de que sabían leer y escribir, pero dudo mucho de que se leyeran el Acta de Algeciras de 1906 ni el Tratado de Protectorado (con Francia) de 1912. Y en cuanto a lo de escribir no he encontrado nada escrito por ellos acerca del país que debían proteger, no conquistar como pensaban ellos.

Empezaron por no saber identificar al supuesto enemigo, al que llamaron "moro" despectivamente. Pero eso no fue sólo culpa de ellos. Todos los españoles, que somos tirando a ignorantes, hemos llamado moros a los habitantes de África del Norte y concretamente a los marroquíes. Todos, repito, desde ministros hasta bedeles, desde generales hasta soldados, a nuestra ignorancia, sólo inferior a la de los americanos del norte, sumamos nuestra crueldad y ahora, para el común de los españoles, son moros los habitantes naturales de las pateras y los proveedores de cadáveres a las aguas del estrecho de Gibraltar.

Así pensaban nuestros más altos oficiales generales, y los bajitos también: que al moro había que tratarlo con la punta de la bota. Y resulta que no eran moros los hombres que tenían enfrente, ni tampoco árabes. Eran bereberes que, en mi opinión y en la de muchos, son gente muy superior a ellos en valores humanos. Desde la guerra de Yugurta (ciento sesenta años antes de Cristo) se sabe que se les puede difícilmente vencer pero nunca someter. Su concepto de la libertad es incluso superior a su instinto de conservación.

Si nuestros militares de entonces hubieran tenido una pequeña afición por la lectura, hubieran podido aprender muchas cosas de sus colegas franceses. No sólo el gran Lyautey sino muchos de sus oficiales escribían libros, artículos e informes, algunos muy buenos, y en los que en todo caso demostraban saber asumir el sentido humanitario de la tarea que se les había confiado. No sólo cumplían

su tarea de combatir con eficacia sino que procuraban estudiar y comprender el vivir de las gentes cuyas tierras ocupaban.

Unos pocos años después de firmado el Tratado de Protectorado de 1912, ya tenían los franceses ocupada y organizada la mayor parte del territorio marroquí.

Y nosotros estábamos dándonos baquetazos por los alrededores del Gurugú. Si es verdad lo que cuenta Leguineche que cantaban las novias españolas:

Ni me lavo ni me peino
Ni me pongo el lazo azul
Hasta que venga mi novio
De tomar el Gurugú

Debían estar tan sucias como aquella Reina Católica que había prometido lo mismo, muchos años antes, con respecto a la toma de Granada, porque el Gurugú no se tomaba ni a tiros. Nunca mejor dicho.

Como nuestros generales, de los que se cuenta y no se acaba, no sabían nada acerca del pueblo bereber y, al parecer y según la historia, tampoco sabían gran cosa del arte militar, a los nueve años de la firma del Protectorado estaban todavía a unos ciento veinte kilómetros de Melilla..

Y desde allí volvieron deprisa y corriendo hasta Melilla otra vez, los que pudieron. Cerca de veinte mil se quedaron allí, muertos y sin enterrar.

5

La ocupación y pacificación del territorio tardó seis años más a partir de aquella fecha de la más vergonzante derrota. En total, desde que se firmó el Tratado de Protectorado en 1912 hasta que se pudo ejercer en 1927, fueron quince años. Parece demasiado.

Quiero decir, porque así me lo parece a mí al leer la historia que a partir de los años de la primera guerra europea, empiezan a llegar a Marruecos militares mejor preparados. Son ellos los que llevan a cabo el desarme, la ocupación real y el "estudio del pueblo a proteger".

Quiero decir también, que la intromisión del monarca en los asuntos militares y sus descarados favoritismos con respecto a algunos generales, parecen evidentes.

En todo caso fue una de las causas de que perdiera la corona. Lo que parece increíble es que pudiera conservarla hasta 1931.

Cuando el pueblo español consigue echar al rey, ninguno de estos generales que tanto le debían hizo ni siquiera una mueca de apoyo.

Otra canción de charanga, muy elocuente, se oye en la película "La Belle époque":

“Alfonso XIII tenía coronita de papel
la que tenía de oro se la robó Berenguer”

Si queremos seguir con el análisis de la trama social de aquella España, que tanto se parece a la de ahora en algunos aspectos, hemos de referirnos en cuarto lugar a los intelectuales.

Fueron brillantes. Fueron profundos, tan profundos que no consiguieron hacerse oír. Tampoco hacerse leer, porque al empezar nuestro siglo casi la mitad de los españoles no sabía leer. Y tampoco hacerse comprender.

Los hubo pro y contra nuestra intervención en Marruecos y los españoles de hoy, que los leímos a medias y a hurtadillas de la Santa Madre la Iglesia y de la enseñanza oficial franquista, que llegamos a comprenderles ya mediado el siglo y acabado el Protectorado, nos parece que otro gallo nos hubiera cantado si España hubiera podido y querido oírlos. Nos parece que los abstencionistas tenían razón.

En aquellos años de la génesis y parto del Protectorado, ya brillaba Unamuno como el mejor estudioso del dolor de España y del sentimiento trágico de la vida de los españoles. Sus críticas a los militares fueron feroces y como a nadie le gusta que le critiquen, y a los militares menos que a nadie, así le fue.

El ejército español que nunca ganó una guerra, si conservaba las armas para asustar y oprimir a sus compatriotas. El primer dictador del siglo, Primo de Rivera, le exilió a Fuerteventura, pero él pudo escapar de allí a Hendaya y a Paris. El segundo, Franco, le confinó en su casa de Salamanca hasta su muerte.

Pienso yo que si no hubiéramos tenido aquel monarca y aquellos generales, no nos hubiéramos inmiscuido en los asuntos de Marruecos y el Protectorado hubiera sido solamente francés. Si no hubiéramos tenido Protectorado, yo me hubiera perdido los mejores años de mi vida pero no hubiéramos tenido la guerra civil y España seguiría hoy siendo una República democrática y culta.

Pero las cosas son como son porque no serían de otra manera y resulta inútil y estúpido el lamentarse.

Además de un rey, unos políticos y unos militares, había un pueblo al que en realidad le importaba un carajo aquel invento, o bien le producía un rechazo evidente. Era un pueblo tirando a inculto (pan y toros, se decía), más bien desnutrido, pero un pueblo de unos veinte millones de habitantes que en las guerritas de Marruecos tenía su voz y sus muertos pero no su voto. Nadie le escuchaba. Su voz se quedaba en las canciones de corro de las niñas de los pueblos.

No se puede admitir, rotundamente no, lo que dijo aquel profuso historiador de Marruecos en la era de Franco para explicar el desastre militar de 1921: "Todos fuimos responsables". No señor. El campesino español que no tenía dos mil quinientas pesetas para evitarlo, no fue a Marruecos por su propia voluntad. Le enviaron sin instrucción militar apenas, sin impedimenta adecuada, para servir los intereses de la oligarquía dominante. Hay que ser muy cínico para sostener que aquellos intereses eran los de España.

En cierta ocasión, Unamuno escribió una exclamación genial que bien puede tomarse como un compendio de la historia de España: "¡Que país, que paisaje, que paisanaje!". Fue una exclamación de estupor o de irónica amargura.

Muchos españoles de mi edad, la hemos repetido, o hubiéramos podido repetirla en varias ocasiones. Por lo menos en tres: Julio de 1936, el general Franco se carga la segunda república española; Noviembre de 1975, otro Borbón restaura la monarquía; Febrero de 1981, el teniente coronel Tejero monta en el Congreso de los Diputados un numerito de circo.

Decidme coetáneos, si este paisanaje nuestro no se parece a aquel que tardó quince años en hacer operativo el Protectorado y que lo ejerció durante veinticinco años más.

Lo practicó, o mejor dicho lo practicamos porque ahí ya entré yo en la escena, de la peor manera de todas las posibles. Con espíritu de superioridad, con mezquina avaricia o, en el mejor de los casos, con un hedonismo beato de paletos.

Este paisanaje era el de las tres Españas de entonces y de él tuvimos que entresacar al que, socialmente, nos representó en Marruecos.

Este concepto de las tres Españas lo plantea el historiador catalán Hilarí Raguier en su biografía del general Batet.

Una de ellas era la de la derecha montaraz que se abrogaba a sí misma la propiedad absoluta e indiscutible de todo lo que pudiera latir en España y de las cosas que, sin latir, producían dinero. En ella cabían los monárquicos, la iglesia católica y el ejército. También se encontraban a gusto dentro de ella, la media docena de terratenientes y la media docena escasa de ricos industriales.

Otra era la gran masa desheredada, desprovista de todo y fundamentalmente de la educación y de la cultura. Estaba abocada a la utopía marxista como la única esperanza. Se llamó la izquierda.

Y había una tercera España, según Raguier, que no cabía ni en la primera ni en la segunda. Fueron hombres y mujeres más numerosos de los que hoy nos parece, porque el ruido de los tiros que disparaban los que representaban a las otras dos Españas ahogaba sus voces. Algunos nos escribieron y hoy podemos leerlos (Alcalá Zamora, Azaña, Unamuno, el cardenal Vidal i Barraquer, Salvador de Madariaga, etc). La mayoría utilizó su silencio como la mejor garantía de no ser fusilado por los unos o por los otros, porque eran conscientes de que no gustaban en ninguno de los dos bandos de caníbales en lucha en el año 34 y luego en el 36 y siguientes del siglo.

Posiblemente, pienso yo, habría más de tres, porque España, entonces como ahora, era esencialmente invertebrada como dijera Ortega.

Pues bien de cada una de estas Españas entresacamos una muestra para constituir la sociedad española que durante treinta años escasos ejerció el Protectorado, lo sufrió y lo gozó a su manera.

Poder, penas y alegrías como en cualquier sociedad, como en la sociedad española llamada peninsular de aquellos años, pero con un denominador común, un sello específico, que los sumergía a todos en la sensación, consciente o no, de que estaban todos fuera de casa.

Yo creo que a ninguno de los españoles que de grado o por fuerza cruzaron el estrecho de Gibraltar para hacer de “protectores”, ni a los hijos de ellos que allí nacieron, pudo apesadumbrarles ese relativo distanciamiento de su rancio solar.

Me parece más lógico suponer que todos ellos tuvieron la ocasión, o al menos la ilusión, de enriquecer su personalidad con unas gotas de libertad. Que lo consiguieran o no es, o fue, otro cantar.

Todos estuvimos un poquitín más lejos de aquel rey “campechano” que gustó de llamarse el rey soldado. De la oratoria grandilocuente y vana de las Cortes. De los gobiernos efímeros como un partido de fútbol. De un ejército dedicado a adornar procesiones de semana santa y a mantener el orden público. De una iglesia omnipresente y adusta. De una oficina con manguitos de escribiente para estar en ella y con levitón de señoriño para salir a la calle. Y de un largo etcétera.

Tan poquito más lejos que se necesitaba cierto grado de imaginación para darse cuenta.

6

En un intento de sistematización, voy a dividir en tres periodos el análisis sociológico de aquella gente, en aquel tiempo y en aquel lugar.

Reconozco que es de una insolencia el llamar a esto “análisis sociológico”, porque sé que para hacerlo hay que definir parámetros idóneos y aplicarlos a una muestra válida y estadísticamente representativa. Y lo que yo estoy haciendo realmente es contemplar a través del artilugio de mi memoria a la sociedad aquella que convivió conmigo.

Mirando a aquellas gentes como si lo hiciera a través de un calidoscopio, las veo diferentes en su manera de ser, en sus vivencias y pensamientos, durante cada uno de los tres períodos de tiempo que señalo.

Cada uno de ellos duró casi exactamente una década y se me antojan bien delimitados por el impacto social de las guerras.

La primera pincelada, brochazo más bien, para pintar el cuadro social español de esta etapa del Protectorado, se inicia en junio de 1927 que es cuando se da por terminado, después de casi un siglo de guerritas, el desarme del bravo pueblo marroquí que se obstinaba en no dejarse proteger por nosotros.

El término “desarme” como casi toda la terminología militar, resulta un tanto ampuloso y exagerado. Posiblemente no se

contabilizaron en aquellas operaciones más de mil fusiles, incluyendo en ellos los que no funcionaban, las espingardas y alguna que otra pistola. Es decir, menos de los que tuvimos que abandonar sobre el campo de la derrota en el vergonzoso desastre de Annual.

Además, las armas siempre reaparecen, como por arte de magia, cuando la gente encabronada se decide a utilizarlas. Así reaparecieron casi treinta años después en manos del que se llamó ejército de liberación marroquí.

Y termina este primer período de aquel ridículo protectorado, en julio de 1936, cuando el general Franco, henchido de ardor guerrero, se pone “casi” a la cabeza del ejército español de África para proteger al pueblo español, descarriado, que le estaba financiando su aventura colonial, y arremete contra él. La historia tiene muy crueles paradojas.

Este primer período se podía subdividir en dos; de 1927 a 1931 en que la monarquía borbónica y sus generales trasnochados intentan con tan buena fe como escasas luces, imitar la política colonial de Francia. Y de 1931 a 1936, la época de la segunda república española, en la que se atisba un mínimo de sentido común aplicado al arte de administrar y a la ética del servicio público.

Volvamos al tema nodular de mis recuerdos ¿Cómo era la sociedad que, desde la desembocadura del Lukus hasta la del Muluya y desde el Mediterráneo hasta la cordillera rifeña, estaba allí y vivía allí?

Pues el cogollo de aquella sociedad, en aquel Marruecos de mis días niños, y adolescentes, fue la sociedad militar. Cerrada y estratificada como pocas. El hecho de vivir en pabellones militares (luego se han llamado casas) construidos con el dinero del presupuesto general del estado pero reservados para ese estamento, aumentaba si cabe el aislamiento y la impermeabilidad de aquel

sector social que se tenía a si mismo por divino y diferente de los otros españoles que iban llegando a aquella geografía. Era natural que así fuera. La primera sociedad civil española, que se asienta en Marruecos, está teñida o desteñida de caqui.

Después de tantos años, alrededor del medio siglo de guerritas y escaramuzas tan difíciles de comprender hoy como el reinado de los reyes godos, era natural que así fuera.

Las familias de los militares que hicieron aquellas guerras, que habían estado así como encerradas en la ciudad de Melilla, pudieron empezar a expandirse por el recio y atrayente campo marroquí al amparo de la paz.

Ni tengo ocasión ni ganas de buscar datos en los archivos militares - por lo demás poco fiables pero supongo que desarmado el supuesto enemigo e iniciado el ejercicio del protectorado, se iniciaría también una repatriación de unidades militares.

Y lo supongo porque parece de sentido común que con las mehal-las jalifianas, los Regulares de infantería y de caballería y el Tercio de Extranjeros, debía ser del todo suficiente.

Sin embargo no debió ser exactamente así. Por una parte el Alto Mando no debía tener confianza absoluta en estas unidades indígenas (que el general Franco y otros africanistas llamaron “tropas coloniales”) y procuraran retener parte de las llamadas peninsulares.

Y además estaba el Mando del Dinero. Napoleón dijo que era el nervio de la guerra, pero de las entreguerras para qué hablar.

Allí se cobraba más. El llamado plus de campaña se convirtió pronto en plus de África. Y además el coste de la alimentación era menor que en la península, aunque realmente fuera poco variada.

Miel sobre hojuelas y así nacieron las amapolas entre los trigales verdes. Otra vez el viejo dilema de cómo adaptar el trabajo a las presiones sociales y económicas de una sociedad pobre.

Surgen nuevas tareas y se plantea el dilema de reconvertir a los viejos trabajadores o dar empleo a otros.

En las sociedades subdesarrolladas, como era la española de entonces, la solución nunca es tajante: porque los viejos están demasiado desnutridos y demasiado hartos para reconvertirse en nada y los nuevos pasan por carros y carretones con tal de acceder al mercado del trabajo. Se opta por el todo vale y por repartir el pastel entre el mayor número posible de comensales.

Como ya he señalado más arriba, el ejercicio real del protectorado en 1927 coincide, más o menos, con nuevas promociones de oficiales mejor preparados, tanto en el terreno militar como en el sentido humanístico. Son las amapolas rojas entre los trigales verdes. Son los oficiales de las Intervenciones Militares, cuyas gorras eran precisamente de estos colores: la franja roja y el plato verde.

Llegaron, jóvenes capitanes o ya maduros tenientes, con una humilde maleta casi vacía de ropa usada, y un enorme baúl abarrotado de ilusiones.

Llegaron y se instalaron en el corazón de las tribus o kabilas que nos habían combatido. Instalar no es el verbo adecuado si recordamos cómo tuvieron que acomodarse a unas condiciones más que espartanas de vida. Los afortunados encontraron una casa de paredes de adobe y techo de chapa ondulada. Los más tuvieron que aprender a construirse ellos mismos algo parecido. Por supuesto sin agua corriente ni luz eléctrica, un catre y una mesa de tijera por todo ajuar.

Pero vivieron felices en el vivir cotidiano de aquellas gentes, aún más humildes que ellos, “a cuyo contacto se experimentaba una sensación de lozanía, de naturalidad, de espontaneidad, que era una caricia” (Dr Chatiniéres).

Vivieron felices, lejos de la rutina castrante de los cuarteles y de la ramplonería pretenciosa de la sociedad española de la época en las ciudades de guarnición. Y trabajaron duro en la tarea encomendada.

Fueron hombres de espíritu pionero, capaces de apasionarse en el quehacer de una comunidad de la que se consideraban impulsores y guardianes. Realizaciones modestas y no tan modestas si se consideran los recursos que pudieron utilizar, les llenaba de satisfacción: una construcción, una pista forestal, un sencillo sistema de regadío o de drenaje de tierras, un vivero, una huerta, etc.

Hicieron de todo, enseñaron algo y aprendieron mucho. Las herramientas que más tuvieron que utilizar las encontraron en el baúl inacabable de las ilusiones que habían llevado.

La tarea que se les encomendó a estos oficiales de las Intervenciones Militares fue compleja y un mucho utópica: conseguir que aquellas gentes, fieramente orgullosas de su idiosincrasia, de sus costumbres y de su organización social y política, se convirtieran en amigos sumisos de España. Amigos de algo tan inconcreto en su materialización como imprevisible en su actuación como era España para ellos y para muchos de nosotros.

Evidentemente no lo consiguieron, pero a nivel personal muchos de ellos sí consiguieron ser respetados, admirados e incluso queridos.

Desde el punto de vista administrativo, estos hombres - los interventores - fueron el último escalón, el operativo, de la pretendida política de España en la gestión de su protectorado sobre una zona pequeña de Marruecos.

Ellos vivían allí y recibían de forma irregular al principio, diaria luego, unos papeles (formato cuartilla) llamados oficios. De prosa huera y de contenido poco menos que onírico, obligaban a un "feed - back" igualmente digno de figurar en una antología de la historia de la administración pública. La política surgía, en el plano teórico, en

la sesera del Alto Comisario que a veces era ayudado, o discretamente coaccionado, por el gobierno de Madrid. Recorría después otros dos escalones de incompetencia, que eran las Delegaciones (especie de ministerios) y la Intervención Regional (luego se llamaría Territorial), para llegar finalmente, en la forma de papel de oficio que he comentado, a las oficinas rurales de estos hombres esforzados.

Si me he extendido un poco al hablar de ellos, los Interventores militares de la primera época, es porque fue prácticamente el único sector social español que tuvo un contacto real y continuo con la población marroquí. Los demás se mantuvieron bastante al margen.

Si existe, o si pudo haber existido, cierta nobleza en la conjunción de la pobreza material con la quintaesencia de la riqueza del espíritu en el hombre de bien, es decir si existe o existió alguna vez la figura del hidalgo, que en el imaginario colectivo español hemos creado, pues entonces así tuvieron que verlos a ellos, a los Interventores españoles de aquella etapa, los ojos nobles y sagaces de los señores del Rif

He dicho antes que estos oficiales se esforzaron en enseñar algo, pero hay que decir que sobre todo aprendieron mucho que no ha sido suficientemente valorado. Aprendieron en primer lugar que nuestro enemigo en el intento de establecer el Protectorado, no había sido el "moro" (de Mauritania), ni menos aún el árabe indolente y lejano, sino otro pueblo.

Descubrieron, junto con sus colegas franceses, la existencia de un pueblo más antiguo que la antigua Roma: los bereberes.

En las Academias militares no les habían leído nunca, ni siquiera comentado, las guerras de Yugurta. Este nombre les hubiera sonado a loción contra la sarna a sus jefes y maestros, los que tantos tiros habían disparado sin ton ni son y que por aquel entonces eran ya coroneles.

Y ellos tuvieron la suerte de conocer a Yugurta, de convivir con él en su propia tierra. Fascinados por el descubrimiento, aunque más tímidos y tal vez menos dotados para escribir que sus colegas franceses, los oficiales de Asuntos Indígenas, intentaron contárnoslo. Lo hicieron casi sobre papel reciclado, casi a salto de caballo, pero aquellos papeles hoy perdidos o difícilmente encontrables, son de gran valor para el conocimiento de la cultura de un pueblo que España se obstina en desconocer con el mismo ahínco que pone en desconocer u olvidar su propia historia.

Mi padre fue uno de aquellos oficiales. Para decir la verdad aunque suene a desmesurado orgullo, tengo que decir que fue el mejor de todos ellos.

Sus trabajos sobre antropología cultural rifeña son hoy, setenta años después, valorados positivamente por los investigadores actuales de la ciencia del hombre. Su mirar me enseñó a mirar Marruecos, y el que aprende a mirar Marruecos no tarda en enamorarse de ese país.

También debo decir que aunque genial no fue el único de aquellos oficiales que supieron compaginar la labor interventora, rutinaria y estéril, con el estudio del país. Puedo citar al menos una docena de hombres, lo cual y teniendo en cuenta lo reducido del territorio, no está nada mal.

7

Después de los militares, y de sus familias, que generalmente eran numerosas y multiplicaban por cinco su importancia numérica, hay que considerar otros dos estamentos en el espectro social del Protectorado durante esta primera época; me refiero a los cantineros y a las putas.

Por supuesto que ambos grupos fueron menos numerosos, pero tuvieron indudable peso social.

Según el diccionario, el cantinero es el dueño, o el tenedor, de una cantina y esta es un establecimiento público dónde se venden bebidas y alimentos.

Nuestros cantineros en Marruecos fueron extraídos de lo más selecto y tradicional de la picaresca española.

Surgen con aquellas llamadas operaciones militares que hemos evocado en la primera parte de esta narración y a las que los militares de hoy calificarían de guerra de guerrillas. Sólo que en aquellos principios de siglo no tenían cantinas sino un borriquillo del país al que cargaban hasta el límite de su resistencia con damajuanas de vino recio, algo de aguardiente y bastante de agua para equilibrar las fluctuaciones del mercado. Tal vez algunos chuscos de pan y algunas latas de sardinas amigablemente obtenidas de la Intendencia, que a su vez las sustraía científicamente de lo que

los reglamentos consideraban la “ración del soldado en campaña”. Era un montaje perfecto que estimulaba las relaciones sociales y ponía los primeros jalones del comercio entendido a la europea.

Repito que el cantinero fue antes que la cantina y que las veces de esta las hacía el borriquillo. El humilde y diminuto animal, resistente como un tractor y frugal como un anacoreta, que a sus pasitos cortos y rápidos llegaba a todas partes.

Al cantinero, y a su borriquillo, les daba lo mismo caminar hacía el norte que hacía el sur o hacia cualquier otra dirección de la rosa de los vientos. Siempre llegaban detrás, o incluso delante, de la tropa. Y siempre había algún líquido, con trasgusto de alcohol, para que la tropa diluyera su asco o engañara su sed y su miedo, al abrigo de una barracada o a la sombra de una higuera.

Pero ya en 1927, al estallar la paz, el cantinero deja de ser itinerante y el borriquillo es jubilado sin derecho a pensión.

Entonces surge la cantina: un cubículo de chapa ondulada y que alberga un mostrador, unas mesas y unos bancos de madera. Así como en las películas del oeste americano pero a lo celtibérico.

La clientela sigue siendo la misma y el negocio prospera.

Al mismo tiempo que los cantineros, y a veces aliadas con ellos, surgen las putas. No es que fueran numerosas, pero con su alegre desenfado y su ternura aportaron un elemento equilibrador y tonificante a aquella sociedad emergente y más bien adusta y cabreada.

Ya existían en la ciudad de Melilla, por supuesto, desde los tiempos lejanos de don Pedro de Estopiñan, pero no se arriesgaban a traspasar sus fronteras. Siempre en la historia de las guerras y de la política ha sido el sexo un poderoso y estimulante poder, tan útil para exacerbar como para templar a veces los desmanes del hombre de guerra o de política.

En la historia universal, el paradigma de este poder del sexo es el joven Alejandro Magno (como el coñac), que de día guerreaba y añadía pueblos a su imperio, y de noche se regocijaba en los brazos de la cortesana Taís. En la nuestra tal sea el conde don Julián y la bella Cava y don Rodrigo.

De todas maneras, la vida de aquellas heroicas putas españolas que pretendieron sembrar amor, aunque fuera vendido, entre los machos celtibéricos vestidos de caqui, no fue nada fácil.

Algunas de ellas tuvieron la relativa suerte de ser “retiradas” del oficio y emparejaron con suboficiales, oficiales e incluso con el general en jefe que tuvo una protegida la Concha - que abrió un restaurante llamado la Cristalera.

Y no lo tuvieron fácil, pienso yo, porque hubo una política no escrita pero más coercitiva que si lo hubiera sido. Una especie de alianza entre el patrioterismo de los cuartos de banderas y el más rancio olor de sacristía que no podía consentir que el vencido, infiel por añadidura, tuviera acceso a las caricias vendidas de una cristiana por muy puta que fuera.

Precaución hipócrita e inútil, porque el vencido, infiel por añadidura, tenía otras necesidades más vitales y más hondas.

Las putas españolas que inician, a su manera por supuesto, el ejercicio del protectorado, tuvieron además una competencia muy dura en las putas bereberes; silenciosas en su aparente sumisión, vestidas sus carnes cobrizas con tatuajes ancestrales y adornos de hojalata y plata, eran, además, consumadas artesanas en las artes eróticas.

Por algo los franceses, siempre tan realistas, aconsejaron a sus oficiales de Asuntos Indígenas que no se emparejaran durante mucho tiempo con mujeres bereberes, sino que las cambiaran con frecuencia.

Sobre esta especie de trípode; el poder del dinero, la fuerza de las armas y el amor mercenario, se va cimentando o mejor diríamos que se va así como espolvoreando, una sociedad “civil” un tanto cutre.

Prácticamente todos los oficios conocidos y ejercidos en aquella España y en aquella época, disponen de algunos ejemplares de hombres y/o de mujeres para exportarlos a Marruecos. Si tenían o no eso tan indefinible, y tan denostado luego, que se llamó espíritu colonial o colonialista, es imposible saberlo. Yo me inclino a creer que no. Yo pienso que estaban hasta el gorro del patrón y pretendían independizarse, ganar más dinero, perder de vista al párroco felón y criticón, liberarse de una familia opresiva, incluso a veces, del correspondiente sargento del puesto de la guardia civil. A lo mejor fue eso y no otra cosa lo que, a nivel personal, definió al colonialista. A lo mejor fue eso lo que empujó a hombres y mujeres, si ingleses a la India o a Kenia, si franceses al Senegal o a Madagascar, si españoles a Marruecos porque no tenían más sitios que elegir.

Existió un sustratum anímico o temperamental, común a estos hombres europeos, que les impulsó a abandonar Europa. Ese algo común a todos ellos no es razón lícita ni suficiente para calificarlos, como se ha hecho, de la escoria de Europa. Por lo mismo que ahora tampoco es lícito calificar de escoria a la corriente migratoria inversa; de África a Europa, o de Asia al Reino Unido, o de Sudamérica a la América del Norte.

De aquel trípode social - militares, cantineros y putas - que he dicho que constituyó la primera esencia de la sociedad española del recién nacido protectorado, podría decirse como la historia y las películas nos dicen de los peregrinos del Mayflower cuando llegan a Nueva Inglaterra en 1620. La historia nos dice que huían de las persecuciones religiosas de la Europa que dejaban. La verdad es que huían de muchas cosas, incluida el hambre.

Salvando, claro es, las distancias entre el ancho Atlántico y la angostura del estrecho de Gibraltar y entre el ambicioso anglosajón y el aventado hispano, los españoles que llegan a Marruecos en las postrimerías de la monarquía, también huían de muchas cosas, hambre incluida.

¿Quien de entre ellos no tenía un primo, un cuñado o un amigo que no encajara en el terruño que dejaron? Es seguro que sí y que les hablaron y les dijeron que allá, en Marruecos, podían vivir con menos miseria y más libertad que en la España que teníamos.

Por razones de proximidad geográfica, la mayor parte de estos operarios, menestrales y gentes sin oficio ni beneficio, procedían del litoral andaluz y del levantino. Yo conocí un barquillero que era de Orense nada menos, pero eso era una excepción.

Era frecuente que aquellas gentes, tan singulares, que nadie se explica hoy como fueron capaces de sobrevivir e incluso de medrar en aquel medio ambiente tan pobretón de campamentos desmadrados, sustituyeran sus apellidos familiares por el indicativo de su oficio o de su lugar de trabajo o de residencia. Así se oía decir “Paquito el relojero”, “Lina la del Globo”, “Bautista el del Barco Velero”, etc.

Hubo algunos pocos, se podrían contar con los dedos de una mano, que tuvieron una huerta de la que obtuvieron unos kilos de tomates y patatas. Incluso criaron algunos cerdos. Siempre estaban de trifulcas con los campesinos marroquíes. Aquella tierra del Rif es difícil de trabajar y avara para producir, y aquellos hortelanos no tenían ni un duro para invertir en mejoras.

Solo hubo un ingeniero agrónomo, con audacia de empresario y capital suficiente para lograr un dominio agrícola esplendoroso en las fértiles tierras del valle del río Lukus. Se construyó, además, una mansión lacustre, “el palafito”, que sirvió de picadero a los Altos Comisarios y a la gente de postín.

Había también algunos profesionales universitarios; abogados, ingenieros, médicos, etc., pero todavía no establecidos por su cuenta. Todos eran al mismo tiempo militares o estaban de algún modo vinculados al ejército.

Pues así eran, desde el punto de vista social, los pequeños grupos de población española que se dispersaron por los núcleos urbanos de Marruecos, desde Alcazarquivir hasta Nador. En total seis pequeños pueblos que ya existían antes de llegar nosotros y uno que hicimos de nueva planta, más a nuestra imagen y semejanza y que llamamos Villa Sanjurjo por aquel general regordete, chulillo él y más tarde golpista.

8

Desde el punto de vista político, es curioso recordar lo que aquellos españoles pensaban de la política de su pasmada España, tan cercana geográficamente y tan lejana por las dificultades y el coste de viajar hasta ella. En realidad estuvieron más cerca de Francia y más influenciados por los hacendosos franceses en su protectorado grande. Algo pensarían de la política, si por política puede entenderse también la mejor manera posible de dormir bajo un techo y en no considerar algo aleatorio las dos o tres comidas del día siguiente.

Entre los oficiales del ejército había muchos masones y entre la escasa población civil había republicanos con tintes socialistas, comunistas e incluso anarquistas. Por supuesto que no había ningún apóstol ni acólito de la derechona que nos había embarcado en aquella aventura marroquí.

Mientras tanto en España pasaban cosas o iban a pasar, que en parte tuvieron su causa en los desastres marroquíes y, en parte también, iban a adecentar nuestra administración del protectorado.

El general de turno que mandaba en nuestro país y que nos tenía hasta el moño por su incompetencia, partía para su exilio en París. Buen sitio para exiliarse y para casi todo. Ya lo dijo Humphrey Boggart en la mejor de sus películas.

París es una constante en la vida de la mayoría de los exiliados españoles, con algún dinero y con algún prestigio, durante todo el curso de nuestra tremebunda historia. Los exiliados pobres, que naturalmente han sido muchos más, han tenido que conformarse con menos.

Bueno, pues como decía, aquel ínclito general que según los historiadores y a pesar de sus heridas y medallas de Cuba y Filipinas, no sería recordado mas que por haber usurpado el poder con la ayuda de la burguesía catalana y el beneplácito del rey, se largaba a París.

Y poco tiempo después, el pueblo español, en uno de esos arrebatos de cordura y entusiasmo que tan poco tiempo le duran, echaba al rey. Este se fue a Roma, que tampoco está mal, Si cuando el monarca se embarcó en Cartagena, hubiera podido conocer las faenas que hace la historia, hubiera podido decir como el general Mac Arthur cuando los japoneses le echaron de Manila: “vólvéré”. Y volvió en la persona de su nieto.

Yo no estaba en la Puerta del Sol de Madrid aquel 14 de abril de 1931, pero ya había cine y los documentales de la época son testigos de aquel derroche de entusiasmo. Ninguno de aquellos españoles podía pensar que aquello no era verdad sino un puro cachondeo. Que no era verdad que hubiéramos echado a los Borbones para siempre, sino que volverían.

Yo estaba aquel día, o algunos días después, en el corazón de la tribu de los Ait-Ammart, en el Rif central. Y miraba, con la emoción del niño que empieza a descubrir la simbología que utilizan los hombres, a un capitán de Intervenciones Militares que arriaba una bandera e izaba otra, la de la segunda república española. Aquel capitán era mi padre. Había otro oficial español, el teniente adjunto de aquella Intervención y una treintena de asombrados mejasnis marroquíes que rendían los honores de Ordenanza. Así que

solamente fuimos tres los españoles testigos de aquel feliz acontecimiento en aquella desolada explanada entre los montes del Rif.

La república caracterizó la segunda mitad de la primera década efectiva del protectorado de España en Marruecos.

Un quinquenio duró y eso es un tiempo brevísimo en el andar de la historia, pero se notó. Dejó una huella fructífera de realizaciones y de esperanzas para españoles y marroquíes. Nos entendimos mejor con los franceses, vecinos y copartícipes en aquella tarea, y comenzaba a atisbarse una esperanza fundamental la buena disposición de los españoles para estudiar y comprender a un pueblo. Para empezar se nombró un Alto Comisario y de él para abajo todo se civilizó un poco más. Aquel nombramiento no fue una decisión intrascendente y anodina del gobierno de Madrid, ni una jactancia antimilitarista. Simbolizó, nada menos, el reconocimiento de que la cosa era más seria de lo que se había pensado hasta entonces, con aquella procesión de generales que se sucedían en el cargo, auto valorando para ocuparlo el peso de sus medallas y de sus heridas. El servicio de Intervenciones, o sea el brazo ejecutor de las labores de la protección, perdió su exclusividad militar y se pretendió que accediera a él gentes del ámbito universitario. La verdad es que sin mucho éxito. Las “amapolas rojas entre los trigales verdes”, que tras un duro esfuerzo de autodidactas habían aprendido a administrar los escasos recursos disponibles para el desarrollo de las comunidades rurales, dieron cursos de formación y de perfeccionamiento para los nuevos Interventores. También se escribió algo de cierto valor histórico y cultural para el patrimonio de Marruecos.

Yo estaba por entonces en el puto campo, el agreste campo marroquí que desde su silencio susurra a las profundidades del alma. Pero iba de vez en cuando a alguna de las pequeñas ciudades donde

se agrupaba la sociedad española. Como si fueran los siete pilares de la sabiduría, o como templos de cosmopolitismo, se me antojaban a mí aquellos pueblos. Iba más a menudo al más joven de los siete, Alhucemas, que ya he dicho que la hicieron a nuestra imagen, algo así como un “ultra-sur”.

Y pienso que allí se reflejaba bien nuestro modelo de crecimiento y de estructuración social, porque allí no querían vivir los marroquíes y tampoco nosotros parecíamos interesados en que lo hicieran. Mi padre había diseñado una ciudad-jardín rifeña, pero él era un poeta y la ciudad, a medio construir, se quedó vacía.

Pero como lo que estoy tratando de rememorar es aquella sociedad que crecía mientras yo pasaba de la niñez a la adolescencia, pienso y repito que aquel villorrio que llamábamos Villa Sanjurjo fue un buen termómetro. Un indicador social de cómo los españoles de entonces, además de crecer y multiplicarnos, éramos capaces de hacer cosas aparentemente estrambóticas. Allí hicimos un casino reservado a los militares y a algunos pocos civiles, gentes de bien y por supuesto de derechas, y otro para los rojos emergentes, un cine para todos, algunas casas de putas dónde también podían mezclarse todos y la mayor densidad de bares por hectómetro cuadrado de todo Marruecos, incluso Casablanca que ya era una gran urbe.

Si yo miro a aquella sociedad con los ojos que tengo hoy, la veo feliz, así como achispada con el dulce vinillo de libertad que nos trajo la república. Como una crisálida que desembarazada, al fin, del manto rancio de la monarquía, se dispusiera a lucir sus mejores colores, brillantes e incluso violentos, de mariposa.

La clase militar seguía teniendo peso social, pero menos que en la primera etapa. Afluían otros profesionales; maestros de escuela que llegaron hasta los campos y empezaron a alfabetizar en castellano a los niños bereberes que podían dejar por unas horas los

rudos trabajos de una agricultura de subsistencia, es decir a muy pocos niños; médicos civiles que trataban de curar a todos e incluso, a las ciudades, algunos abogados e ingenieros. En el sector del transporte fue un valenciano el que tuvo el monopolio. Sus autocares de color rojo, “La Valenciana”, fueron consustanciales al paisaje. En la explotación forestal otro y en la importación de automóviles, un tercero.

Cualquier español de mi edad que haya vivido en Marruecos puede recordar sus nombres. Pero también creo, al rememorarla, que aquella sociedad era absolutamente inconsciente de lo que debía significar un protectorado, de que España tenía un mandato internacional derivado del Acta de Algeciras y de que ellos, en tanto que españoles, eran los encargados de ejecutarlo, tanto física como moralmente.

Los franceses no fueron más perspicaces. Todos prefirieron olvidarlo y así un buen día, veinte años después, todos se despertaron asombrados al realizar que aquella tierra no era la suya y que había que hacer las maletas del regreso.

9

El segundo período en el devenir de la sociedad española en su protectorado de Marruecos, abarca también una década, año más o menos.

Empieza cuando empieza nuestra guerra, aquella que tuvimos la humorada de llamar civil cuando en realidad ninguna guerra lo es; todas las hacen los militares, de profesión o de afición. Y termina cuando acaba la segunda guerra mundial. O sea, que es un período bélico continuo aunque Marruecos no fuera teatro de operaciones militares. Y no lo fue porque el ejército francés que guarnecía aquello, la sociedad francesa que vivía allí y la española (el ejército español menos), estaban todos de parte de los que iban a ganarla.

Por eso, desde el desembarco americano en las playas de Fedala hasta el establecimiento en Argel del gobierno de la Francia Libre, primero con el general Giraud y luego con el general De Gaulle, todo fue sobre ruedas: un feliz simulacro de resistencia.

La guerra nuestra empezó, según nos dice la historia, porque los militares se subieron a las barbas del poder civil y consideraron que la patria estaba torciéndose y que como la patria era cosa mayormente suya, eran ellos los encargados de enderezarla. Bueno tampoco fueron todos; eran aquellos generales que habían ascendido muy deprisa en Marruecos y que pensaban que a lo mejor, con otra

guerra, podían llegar a reyes o a semidioses. Y también buen número de tenientes y capitanes que, más bien atascados en el escalafón, pensaron que aquello podía ser una ocasión de hacerlo fluir. Porque la verdad es que los oficiales de las guarniciones de Marruecos estaban medianamente satisfechos; mandaban tropas de élite y hacía bueno vivir allí, en un ambiente semicolonial, con buena paga y coste bajo de la comida, de las mujeres y del alcohol.

Yo pienso que los historiadores no han investigado la astuta y eficaz red de captación de las voluntades que desde la lejana Navarra montara el general Mola, uno de los pocos cerebros de la trama de la conspiración.

Pero así fue. Las guarniciones militares del que se llamó Marruecos español, o África para los más generalistas y geográficamente despreocupados, fueron las primeras en rebelarse contra el poder constituido. La primera de todas Melilla, la ciudad de trágicos acontecimientos. Le siguió Ceuta, y en unas horas fueron todas las que estaban establecidas en territorio de protectorado.

Los otros españoles, o sea la incipiente población civil que estaba aprendiendo a pensar por su cuenta, a hablar y a escribir con entera libertad a la sombra de la república, nos quedamos patidifusos y asombrados. Yo creo que los marroquíes también debieron quedarse desconcertados ante la versatilidad del protector y pensar, en su fuero interno, que no éramos gentes para tomar en serio.

La población civil, atónita como ya he dicho, vio pasar a las tropas del Tercio de Extranjeros, inactivas desde hacía ya siete años. Iban en busca de jarana y atravesaban de este a oeste aquella franja costera que fue nuestro protectorado. Venían desde Melilla e iban a embarcar a Ceuta. Lo recuerdo porque en el camino nos robaron dos cabras que nos daban leche, pero como mi padre mandaba mucho tuvieron que devolvérmolas en la parada siguiente.

Al frente de aquel ejército se puso un pequeño general de cuyo nombre no quiero acordarme. Bueno, no se puso al frente sino que esperó detrás, primero en Casablanca y luego en Ceuta, hasta ver si aquel ejército pasaba el estrecho de Gibraltar o se ahogaba en el intento. Pasó y como todo el mundo recuerda se armó la de Dios es Cristo. Privilegio de los generales modernos, que tampoco Eisenhower se embarcó en la primera barcaza que embarrancó y ardió en la playa de Omaha, cuando América invadió Europa unos años más tarde.

En aquella sociedad civil del año treinta y seis, no había falangistas. Yo sólo recuerdo a dos; un médico que había venido de Burgos y un comerciante en todo que no sé de dónde venía, pero que pronto se hizo rico.

Rápidamente llegaron desde Melilla en número suficiente para mandar callar a aquella población de díscolos. Estos, los díscolos, podían haber cantado aquél estribillo cubano de los años sesenta y setenta: “llegó la falange y mandó callar”.

Los falangistas que se desplazaron allí no utilizaron el lenguaje de las pistolas por un poso de pudor político, estábamos al fin y al cabo en tierra extranjera. Sí utilizaron el de los puños y las purgas de aceite de ricino y el rapado al cero de las cabezas. Todo el arsenal de “convicción” experimentado ya por el fascismo italiano.

Y la sociedad calló, si no convicta si lo suficientemente atemorizada para obedecer. Los más acobardados se vistieron pronto como los mandones, de azul y negro, y se pusieron correaes. De tal manera que todos éramos iguales y nos confundíamos los que siempre fuimos buenos y los que siempre fuimos malos. Los más vocingleros e irreductibles fueron acompañados por la fuerza, es decir deportados ilegalmente, hacía los territorios de soberanía y por el momento no se supo nada de ellos ni de la suerte que tuvieron. Todos hacíamos el saludo romano, todos cantábamos el Cara al Sol

y todos, un ciento o dos, íbamos en manifestación hasta la Intervención Regional para celebrar nuestra alegría cuando las tropas de Franco entraban en alguna ciudad española importante. También éramos todos igual de imbéciles e insensatos en nuestro comportamiento como protectores. Yo pienso, al menos ahora, que fue inicuo comportarse así ante un pueblo que nada tenía que ver con nuestra manera, bufa y cruel, de realizar nuestra historia. Fue más inicuo todavía el hecho de reclutar mercenarios indígenas para aquella guerra nuestra. La leva se vio facilitada por el hecho de la hambruna que por aquellos años asolaba el Rif.

Aquellos años y aquellas cosas pasaron, pero ya aquella sociedad española que convivía en aquel pequeño cachito de Marruecos, no volvió a ser lo que fue; una sociedad plural en su idea de España, pero al mismo tiempo, quiero creerlo así, que empezaba consciente o inconscientemente a ilusionarse con la idea de hacer una protección digna y constructiva.

Sólo pasaron cuatro meses entre el fin de nuestra guerra y el inicio de la segunda guerra mundial y, naturalmente, las cosas siguieron empeorándose para los protectores.

Los jóvenes franceses, como los nuestros antes, tuvieron que hacer como Mambrú: marcharse para la guerra. Y algunos nunca volvieron.

Y para terminar de desarreglarlo, el desembarco americano con toda su impedimenta de goma para mascar, de insolencia y de ordinariéz.

Si yo hubiera sido marroquí, me habría puesto inmediatamente a la tarea de buscar a Yugurta para combatir a aquellos romanos, a los nuevos romanos que hablábamos de orden y de civilización y que destripábamos a las gentes. Y así fue, el nuevo Yugurta fue el propio sultán Mohamed V y el líder del Istiqlal , Al-Al_El Fasi.

Pero yo a la sazón era soldado. Creo que ya lo he contado antes en algún sitio. Yo era soldado de guarnición con otros cinco en un pequeño aeródromo militar sin aviones, cuando llegó una de aquellas superfortalezas volantes americanas de aquella guerra y se posó allí creyéndose que lo hacía en Fedala. Por razones inconfesables yo no estaba en mi puesto y cuando supe que la tripulación de aquel avión había hecho prisioneros a mis cinco compañeros, dudé horas entre ser considerado desertor o presentarme allí, voluntario para que me capturasen a mí también. Opté por lo primero y no pasó nada.

La guerra siguió y su escenario pasó a Argelia y enseguida a Europa.

El inefable Franco, que entre otras cosas se tenía a sí mismo por un astuto zorro africano, mandó constituir una “harka”. Igual a las que él había combatido veinte años antes, pero un pelín mejor armada. Estuvo a punto de ordenar su avance hacia Fez. Creyó el muy iluso que los alemanes le iban a regalar lo que era protectorado francés.

Las cosas siguieron su curso, que nunca sabremos si es el de la historia o el de los hombres empecinados que se obstinan en enmendarla.

Puede que la historia sea algo así como la calle de en medio; lo que pasará mañana será la consecuencia más lógica posible de lo que pasó ayer, teniendo en cuenta que entre el ayer y el mañana están siempre los metepatas de hoy. O dicho de otra manera; lo que no puede ser, no lo es y además es imposible.

En este segundo período del protectorado, que en Europa fue tan bélico, nuestra zona se remilitarizó al grado máximo permisible por nuestra maltrecha economía. Habíamos llegado de la nada a la más absoluta miseria, como dijera el genial Groucho Marx.

10

Así que lógicamente la clase militar volvió a ser la dominante. En realidad nunca había dejado de serlo desde que empezó la cosa, pero la distancia con aquel esbozo emergente de sociedad civil, se acrecentó.

Los que conocían algo del pueblo marroquí eran los albañiles y los pequeños constructores que hacían modestas obras en el campo, convivían con los naturales y conocían su idioma. También los chóferes, guardas forestales y algún que otro practicante de humildes oficios. Pero estos hombres no tenían estudios y a nadie se le ocurrió elegir uno de ellos para ser Alto Comisario. Los “amapolas rojas” de la primera etapa también conocían el país y a sus gentes, pero no habían alcanzado la jerarquía militar compatible con el cargo.

De manera que los Altos Comisarios, superada la pausa republicana, volvieron a ser militares de la más alta graduación. O sea, Tenientes Generales. Era un puesto codiciado por ellos, porque además de disponer de palacio y prebendas, presidían un gobierno en chiquitito, paralelo al español. Así que en pensar, lo que se dice pensar, no tenían que fatigarse mucho. El otro gobierno, el del Jalifa de S.M. el Sultán, con su Gran Visir y algunos ministros, funcionaba en la sombra y solía apañarse mejor para burlar el control del Alto Comisario que éste para controlarle.

Por lo mismo que era un puesto codiciado y de gran relumbrón, también era una baza importante en manos de Franco para entretener y domesticar a sus generales.

Así que se sucedían bastante rápidamente. No los he podido contar con exactitud, pero en mi memoria suenan así como ocho en nuestra diminuta zona. Por los mismos años, los franceses debieron tener unos tres en la suya, tan grande que constituía prácticamente todo Marruecos. Ellos les llamaron "Résidentes Generales", y el primero de ellos, el que instaura el Protectorado, fue el mariscal Lyautey que estuvo trece años al frente de la tarea y durante cuyo mandato se hizo lo mejor, o lo menos malo, de casi todo lo que se hizo en Marruecos.

La tarea comparativa entre la impronta española y la francesa en el Protectorado, se puede hacer utilizando diversos indicadores y entre ellos las dos colecciones legislativas que se parieron, la realidad de lo que existe hoy y el curriculum vitae de los Residentes Generales frente al de los Altos Comisarios.

De todas maneras, ni ellos ni nosotros hicimos lo que yo creo que todo el mundo entiende hoy acerca de lo que pudo ser un protectorado honesto. Sencillamente, no protegimos a los marroquíes contra los apetitos de nuestros respectivos compatriotas y tampoco les enseñamos suficientemente, a los hombres y mujeres de su campo, a mejorar sus duras condiciones de vida.

En nuestra Zona se marchitaron las "amapolas rojas", cosas de la edad, y entre los trigales verdes surgieron las "campanillas azules". Me refiero al cambio de colores en las franjas de las gorras de los Interventores.

Aquel viraje del color rojo al azul, hay que tomarlo como un símbolo intrascendente de la coquetería militar, que ellos han sido siempre muy postineros. Lo triste y serio fue el cambio en la ética y en la estética; en el concepto de los valores humanos que aquellas

cabezas de los nuevos Interventores tenían debajo de las nuevas gorras. Procedían ellos de un ejército victorioso y sin embargo pobre. Tan pobre o más en profesionalidad y en cultura que el que había vagabundado por el Marruecos de los primeros años veinte del siglo. Estos jóvenes habían salido de los institutos de segunda enseñanza, incluso algunos de los seminarios de la iglesia. Recibieron una instrucción militar aceleradísima, de quince días, y fueron a hacer la guerra, que terminó de embrutecerles, con el grado de alféreces provisionales. Acabada la contienda se les volvió a reciclar, pasándoles con algo menos de premura por otras academias militares, y así olvidaron su provisionalidad y se convirtieron en oficiales, si no hechos y derechos al menos en semihechos y algo enderezados.

Los más avisados de entre ellos, que no los más inteligentes y trabajadores, pudieron colarse en el servicio de Intervenciones.

A Marruecos llegaron tan pobres como sus antecesores, pero con la petulancia y las pretensiones de los vencedores. Llegaron ávidos de prebendas y dineros y ayunos de casi todas las cosas que habían caracterizado a sus mayores. Ayunos, fundamentalmente, de la mística del romanticismo en la acción y de la fe en la utopía. Como además, vivieron en el campo sin vivirlo y sin ser capaces de hacer un esfuerzo para comprenderlo y amarlo, aquella savia nueva que trajeron con ellos, corrupta y sanchopancesca, acabó con el quijotismo, tal vez inútil pero esforzado y honesto, de los pioneros.

Llegaron con relojes de pulsera, utensilio fuera de lugar en el servicio de Intervenciones de los años treinta, y establecieron el horario laboral de cualquier oficina metropolitana, vacando los domingos y fiestas de guardar.

Se empezaron a cambiar los caballos por los jeeps adquiridos de saldo al ejército americano y, simultáneamente, se acabaron aquellos inefables recorridos de jornadas enteras y semanas al paso sosegado y firme del animal.

Ellos, los nuevos Interventores de la post-guerra nuestra y de la de los otros, siempre volvían a dormir a casa, a un hogar casi confortable, en brazos de la santa esposa que por aquel entonces empezó a cobrar una creciente y perniciosa influencia. Tampoco supieron, ni quisieron, emular a sus mayores en el afán y en la curiosidad de estudiar una sociedad distinta y sus ricas manifestaciones culturales. El vacío bibliográfico que dejaron confirma lo que digo.

Yo que conviví con ellos, en mi calidad de médico, durante siete años, puedo asegurar que nunca les vi interesados por nada que no fuera la recaudación del impuesto del “tertib” (para lo que no hubieran dudado en ponerse manguitos negros de escribiente decimonónico), la distribución del producto de la huerta y la asistencia a las comidas pantagruélicas que les ofrecían los notables.

En fin, una manera de estar en la vida que, desde los albores del siglo, ya habían bautizado los propios militares como “la capona”.

En aquel segundo período, tan circundado de guerras, en “el ejercicio” de nuestro protectorado, hay que señalar un episodio realmente bufo e indicativo de la falta de perspicacia de los políticos españoles para apostar al caballo ganador. Me refiero a la ocupación de la ciudad de Tánger para garantizar, según dijimos oficialmente, su neutralidad. Aquello sucedió en los primeros meses de la contienda mundial y entramos en la mítica ciudad al son de cornetas y tambores.

Si al menos hubiéramos utilizado para esta ocupación militar, solamente a las mehal-las jalifianas, que en el plano teórico de la legalidad del Majzen podían representar al Sultán de Marruecos, hubiera sido de apariencia más limpia. Pero también entró un regimiento de la fiel infantería española.

Poco tiempo después, cuando resulta demasiado obvio que no había nada que garantizar, la evacuamos silenciosamente y con nocturnidad.

Y es que Tánger representó siempre una espina clavada en el corazón del imaginario colonial español. Y también una meta cosmopolita para los profesionales y para las putas que despuntaban en su oficio y a los que se les había quedado pequeña la llamada Zona española. Así fue que aprovecharon la ocasión para mudarse.

Durante aquella guerra mundial en la que no pocos infantes marroquíes inmolaron sus vidas por una mezquina soldada, hubo parte de la población española residente en Marruecos que se sintió aliadófila en cuerpo y alma, pero que procuró callarse porque la consigna oficial, la de aquel llamado "Movimiento" (que si acaso se movía para detrás), era rezar por el triunfo alemán.

En aquella sociedad y en aquel tiempo hubo un lógico liderazgo de la casta militar. Salvo, quizás, en la breve pausa republicana del protectorado, en que la gente normal se atrevía a mirarles con cierto recelo, e incluso desprecio, siempre tuvieron la voz cantante los militares y sus familias.

Pero la sociedad civil también creció algo; los tres o cuatro grandes empresarios del comercio se hicieron más grandes, sobre todo los del sector del automóvil y de los electrodomésticos. Se hicieron tan grandes y tan ricos en aquellos años tan carentes de todo, que se codeaban de tú a tú con los Altos Comisarios y con los tiburones del dinero que en la vecina España ya estaban instalados en la marrullería y en la corrupción, rumbo a la modernidad. Todos juntos y en unión, como los carlistas de Navarra, podían celebrar sus bacanales en los más selectos y cosmopolitas círculos de Tánger o en el Palafito de Larache.

11

Al acabar la guerra mundial, empieza el tercero y último período del protectorado; la década de la despedida. Década que también admite otros calificativos, por ejemplo la de las prisas y la del desconcierto, porque ambas cosas, además de la inoperancia y el derroche, la caracterizaron.

Durante la década anterior, en la que los protectores se habían dedicado preferentemente a sus guerras, hubo, como era lo lógico, un rápido y vigoroso resurgir del nacionalismo. Los marroquíes comprendieron que ni los franceses ni nosotros íbamos a hacerles nunca un mañana mejor y que lo más sensato era que nos fuéramos todos, cada mochuelo a su olivo.

No se les pusieron pelillos en la lengua para decirlo ni cinchas en sus cuerpos para manifestarlo, casi a diario, en las medinas y en el campo. El que más alto habló, por ser el que estaba más alto, fue el propio Mohamed V que ejercía de sultán. Entonces los franceses le destronaron y le confinaron en Madagascar. En el trono alauita pusieron a Muley Arafa.

Nosotros, mejor dicho Franco y sus secuaces, creíamos que podíamos hacerles cosquillas a los franceses sin reírnos nosotros también y dijimos que no reconocíamos a este Muley Arafa como nuevo sultán, que era un usurpador.

En realidad, nunca quisimos reconocer a ningún sultán, argumentando que en nuestra zona teníamos a un mantecoso Jalifa. Pretensiones o soberbia de enanos.

La verdad es que los políticos conservadores de todos los países y sus bravos ejecutores, también de todos los países, que son los militares, tienen una tendencia innata a querer detener el curso de la historia, o a corregirlo, cuando este curso no es el exclusivo y excluyente que sólo irriga su huerto, el de sus intereses, y desertiza todo lo demás.

En nuestra zona se aceleró el ritmo de sucesión de los Altos Comisarios. Cuatro generales más disfrutaron del cargo antes de que se acabara la bicoca. Para su reposo y solaz disponían del palacio del Monte, en Tánger, que pudo ser considerado algo así como la alcoba o el cuarto de estar y que por aquello de la internacionalidad y por los pocos kilómetros que les alejaban de su sede oficial, como un truco relajante.

Porque angustia debieron sentir a poco que fueran capaces de ver que la historia no discurría por el cauce que ellos querían, el que les había indicado Franco y antes que él, si creían en la historia que les habían enseñado, la mismísima reina Isabel la Católica. Tiene que hacer daño el ver cómo se derrumban los mitos que una enseñanza perversa nos ha imbuido.

Creo recordar que fueron cuatro los Altos Comisarios que se sucedieron durante esta década final del protectorado. Como la novia de Reverte, que tenía un pañuelo bordado con cuatro picadores y Reverte en medio, así debieron sentirse ellos.

Los picadores podían aparecérselos, en sus pesadillas e insomnios, como tomando la forma del gobierno de Madrid, el primero. La del trono de Rabat el segundo. La de la Casa Jalifiana que (escondida en la sombra a la vera de su palacio) también hacía

pupa, sería el tercero. Y el cuarto picador, el más robusto de todos, el pueblo marroquí vociferante e intransigente.

Pero es que además ellos (los Altos Comisarios), no eran Reverte sino más bien el toro que, embrutecido y sin ideas, corneaba a diestra y a siniestra.

Ninguno de los tres primeros picadores tuvo una actuación realmente brillante y digna que se correspondiera con la estatura política que querían aparentar. Tal vez fue la actuación habitual en su oficio y en sus circunstancias: marrullera y trapisondista. Tampoco la tuvo el toro.

Sólo el cuarto picador, el pueblo marroquí, fue feliz a su manera. A la manera en que los pueblos viejos y pobres expresan sus alegrías: cantando, bailando y creyéndose que ya ha llegado esa libertad utópica que nunca llega.

Sería un ejercicio, tan inútil como interesante, el tratar de averiguar si aquellos Altos Comisarios de la última década del Protectorado se barruntaban algo acerca de la liquidación por derribo de aquel tinglado que presidían.

Sería preciso saber antes si el propio Franco que les había designado para representar a España en Marruecos, tenía él alguna idea, sensata y lógica, de aquel acontecer que ya se veía y se oía como inminente.

Hoy no faltan, entre sus exegetas naturalmente, historiadores que nos dicen que sí, que todo lo tenía atado y bien atado. Tampoco faltan los que nos dicen lo contrario. Los historiadores son así. Por mucha objetividad que pretendan en sus planteamientos, en el análisis de sus datos y en sus conclusiones, siempre acaban por contarnos la historia como les apetece en su subconsciente.

Y lo mismo ocurre, por supuesto, con los que leemos historias. Somos muy libres de creerlas, de ponerlas en tela de juicio o de rechazarlas. Y con los que hemos sido protagonistas o testigos de algún episodio de la historia; nuestro recuerdo es siempre sesgado y

nuestra memoria tiene anticuerpos memorizadas de gran especificidad.

Cuando Franco estaba en edad de merecer, joven comandante, Marruecos era el único lugar del mundo donde un militar español podía guerrear casi a su libre albedrío. Luego ya general y jefe del estado español, consideró a Marruecos como a España; una propiedad personal adquirida por derecho de conquista y si acaso por la gracia de Dios. Creyó tener a ambos países bajo la suela de sus pequeñas botas, de las que quiso dejarnos las huellas en Ceuta, para la posteridad.

Yo soy de los que creen que Franco careció en absoluto, entre otras carencias, de lo que se considera madera de estadista. No era capaz de imaginar un futuro previsible de la historia de los pueblos. Y menos aún del fin del protectorado de Marruecos, que en su egocentrismo creía que lo había edificado él mandando a sus legionarios a cortar cabezas.

Y sin embargo, no mas lejos de ayer, oía yo a un catedrático ponderar lo mucho que hizo Franco para permitir que Marruecos accediera a su independencia como país unido. Peregrina afirmación que no merece comentarios.

Que algún historiador nos demuestre que Franco leyó alguna vez un libro sobre Marruecos, o que alguna vez escribiera sobre otra cosa que no fueran tópicos insostenibles para narrar “Diario de una Bandera” o para hilvanar el guión de una película sobre la “Raza” apta para disminuidos psíquicos.

Si esto fue así, y repito que así lo creo, ¿qué podía decirles Franco a sus generales cuando les elegía para ocupar el palacio de la Alta Comisaría, en la plaza de España de Tetuán? Probablemente hola y adiós. Era el único espacio que estos Altos Comisarios de España en Marruecos, podían ocupar sin mayores problemas, pero

yo me pregunto respecto a las directrices que podría darles para la administración de un protectorado que se acababa.

Y si suponemos que ellos tenían el mínimo de inteligencia compatible con su alta jerarquía militar, también verían, de vez en cuando, cómo se acercaba el fin. Pero no querían verlo, como tampoco Franco quería. Se tenían por capaces, con esa soberbia ciega que da la fuerza de las armas, de retrasar ese final indefinidamente.

Se le ocurrió, a no sé cual de esos postreros, crear una Academia de Interventores. La idea no era nueva, porque ya la república había organizado cursos de formación y de perfeccionamiento para los Interventores, pero sin pretensiones académicas y sin presupuesto específico.

Me parece recordar que la tal Academia sólo tuvo tiempo de "formar" dos promociones y que alguno de los nuevos titulados apenas tuvo tiempo de deshacer sus maletas cuando llegaron a incorporarse a sus destinos en el campo.

Por esta insustancial academia pasaron algunos que otros graduados universitarios. Siempre los mismos. Algún hijo de papá, cuando papá era o había sido, un militar ilustre o un ilustre interventor de la época romántica de "las amapolas rojas". Eso sí, agotado el invento, supieron beneficiarse de la inclinación que tiene la Administración del Estado español para hacer caridad, y fueron integrados por Decreto en el cuerpo de Técnicos superiores de la Administración Civil del Estado, como si tal cosa. Como si una cosa se pareciera a la otra y como si un proceso de selección se pareciera al otro. Ya lo había dicho Don Quijote: "cosa veredes, amigo Sancho".

Otra cosa que quiero recordar de aquel desconcertante y desconcertado período final del protectorado, es la legislación sobre

los "consejos de yemáa" y su implantación, más o menos conseguida, en las kabilas.

Los promotores de la idea fueron, en cierto modo, los franceses. Ellos habían hecho firmar al sultán, en 1930, el "Dahir Bereber", que tratando de sistematizar la administración de justicia reconoce implícitamente que en Marruecos existen dos culturas distintas, la bereber y la árabe. Son dos pueblos diferentes que cohabitan sin grandes problemas en todo el Norte de África desde la conquista árabe. Algo así como los vascones y lo que genéricamente se llama Castilla, pero en distinto grado evolutivo del proceso de desencuentro.

Realmente los "consejos de yemáa" han existido de siempre en país bereber, puesto que vienen a ser una peculiar expresión de la idiosincrasia de estas sociedades.

Lo que hace la "legislación Blanco" es instituir el liderazgo político de la yemáa en la administración de la kabila. Fueron los franceses los que la llamaron así, legislación Blanco, porque fue él quien abogó por la yemáa durante largos años y el que, ya tarde, logra la promulgación de la correspondiente normativa para la constitución y funcionamiento de estos Consejos.

Tengo el orgullo de repetir que este hombre excepcional fue mi padre. El "interventor del Rif" por antonomasia que, incluso condicionado por el lastre de español y militar, amó a Marruecos con pasión de vasco y corazón de artista.

No debió ser demasiado laborioso convencer al Alto Comisario de turno, porque lo más probable es que éste, ni en el fondo ni en la superficie, no supiera muy bien de lo que iba la cosa. Pero el Jalifa de la Zona si lo sabía muy bien y se resistiría todo lo posible a firmar.

Porque los Consejos de Yemáa fueron un intento de vigorizar, y sobre todo de democratizar, la administración de la comunidad. Aparte de su valor político, representaron también (como en su día

el Dahir Bereber), un reconocimiento implícito a la dualidad antropológica de Marruecos. Dualidad que no pone en tela de juicio sus posibilidades de estado unitario, Por el contrario, pienso yo que es precisamente reconociendo y respetando honestamente los derechos de las minorías, como pueden mantenerse unidos los estados soberanos.

Sin embargo, como ya he dicho, aquella experiencia de ciencia administrativa fue tardía para España y para Marruecos. Para España porque perdió la ocasión de demostrar, sobre todo de demostrarse a sí misma, que era capaz de hacer protectorado, enseñando a un pueblo, tan sabio y tan receptivo como el bereber, a autogobernarse con mayor grado de democracia que la que ella tenía por entonces. Y para Marruecos porque su propia historia y los valores políticos de sus élites arabizadas, iban por otros derroteros, tal y como se vio en los acontecimientos del Rif muy poco tiempo después de la independencia.

Muchos de los Interventores de aquellos últimos años del protectorado español, aquellas campanillas azules ya desvaídas por la desidia y el desgano, también procuraron resistirse ladinamente a la implantación de estos Consejos. Ellos habían fundamentado su bienestar político, e incluso el físico, en hacer la vista gorda con los kaides o compincharse con ellos. Y este tandem Interventor-Kaid veía en el Consejo un freno, una fiscalización no deseada, a sus actuaciones.

Estas campanillas azules de la última hora, querían ser ciegos a la agitación y al desconcierto que se adueñaba de los campos. Adoraban sus poltronas y hubieran querido conservarlas contra viento y marea. Pero tenían que ver aunque no lo quisieran, aunque se taparan los ojos con los dedos entreabiertos.

Para mí tengo que no fueron muy veraces en la información que estaban obligados a transmitir. Para mí tengo, porque fui testigo presencial, que tampoco su despedida fue muy digna en cuanto hace al marco escénico y al temperamento del actor. No se fueron como el colegial que termina la clase, sino como aquel al que le echan por díscolo y desaplicado. España no había cumplido sus deberes y ellos tampoco.

12

La población civil española de aquellas postrimerías del protectorado, era bastante diversificada y estaba ya bastante consolidada. Como la militar, tenía ilusiones de futuro y expectativas económicas. Como la militar, vivía de espaldas a las realidades del pueblo protegido. En la práctica ignoraba su existencia y, salvo los casos de obligación profesional, no buscaba ni mantenía con él ningún contacto social.

En sus costumbres, en sus 'pautas de' conducta y en su escala de valores, era casi un calco de la que vivía en España por aquellos años. Ya no tenía esa sensación de desarraigo que a nivel personal unos traducían como una marginación dolorosa y otros como una gozosa vivencia de aventura, de poesía y de liberación de los que vivieron el Marruecos de los años veinte y treinta del siglo. Estos de ahora estaban como en su casa. Daba cierta vergüenza respirar su ignorancia y sus aires de paleta venidos a más. Para ellos, lo único que sobraba en Marruecos eran sus naturales, "los moros" que seguían llamándoles ellos, y que generalmente eran más pobres salvo los avispados intermediarios entre los poderes fácticos y sus negocios.

Aquella sociedad tenía, sin embargo, un raro diferencial con la española de España y era que carecía de una clase obrera

propiamente dicha, es decir que trabajara con sus manos en la industria o en la agricultura. Y es que estas ramas de la producción económica, no existían en nuestra Zona de protectorado. Por tan sencilla razón, aquella sociedad no tenía cimientos, era en sí misma artificial y utópica.

Había en ella un funcionariado al servicio de la Administración del Protectorado, lo que a todas luces significaba también algo espurio, incompatible con la ética política y social del concepto de protectorado.

Había algunos profesionales, la mayoría de ellos también eran, al mismo tiempo, funcionarios. Aberración sobreañadida.

Había medianos empresarios de la más intangible de las cosas: la especulación. Se llamaban negocios de importación y exportación.

Y había, en fin, multitud de comerciantes, que como ya he dicho eran los legítimos herederos, en su mentalidad y en su praxis, de los cantineros de los tiempos heroicos.

Pues más o menos tan de sopetón como le ocurrió a la casta militar, esta sociedad se encontró un día con la noticia de que había que aparejar para un camino incierto en una tierra poco conocida y en la que, por supuesto, nadie les esperaba con los brazos abiertos.

Ninguno de aquellos españoles tenía raíces superiores a los treinta años en aquella tierra marroquí, pero ese tiempo es mucho en la vida de un hombre.

Yo no comprendí entonces, ni tampoco ahora me lo explico, el porqué aquellos españoles se quedaron tan sorprendidos y más bien disgustados, cuando Marruecos recuperó su independencia.

Verdad es que sólo leían, de vez en cuando, lo que entonces se llamaba la prensa del Movimiento, aunque a través de Tánger no era difícil hacerse con otros periódicos y libros de Europa. Y que según aquella prensa, España iba bien (como ahora con el presidente Aznar) gracias a Franco que se paseaba bajo palio de inauguración

en conmemoración. Y que Marruecos iba superbién gracias a la tutela y a la generosidad de España.

Ya la India, la joya del imperio británico, era independiente Y parecía claro que aquel acontecimiento iniciaba la era de la descolonización. ¿Por qué no iba a serlo Marruecos? Al menos en el grado de libertad relativa en la que lo somos todos sus vecinos, o sea como satélites girando alrededor del planeta americano.

Tampoco les hubiera sorprendido el acontecimiento si hubieran meditado en el sentido ineluctable de la historia universal, si hubieran recordado la historia de España tal como fue y no como se la contaron, si hubieran recordado en concreto su propia actuación personal con respecto a lo que tan enfáticamente llamábamos protectorado. Pero no se puede esperar que uno piense en la historia mientras despacha un kilo de garbanzos o mide tres metros de cretona.

Pero el caso es que llegó el fin, por mucho que el fin contrariara sentimientos o expectativas.

Para la población civil puede decirse que la independencia fue un trauma, tal vez psíquicamente menor que para los militares pero económicamente mayor. Gran parte de los funcionarios pretendieron quedarse, pero no cabían en la nueva estructura administrativa y además no dominaban el francés.

Los profesionales que ejercían libremente se quedaron en su mayoría. Los que además y al mismo tiempo eran funcionarios, lo intentaron porque el salario era tres veces superior al que habían tenido con la administración española, pero la morriña del pasado les fue empujando a volver al nido ibérico.

Y los comerciantes también hubieran preferido quedarse, pero se encontraron con que ni los productos que ofrecían, ni sus precios, eran muy del agrado del consumidor marroquí.

Y aquí termina mi versión personal e impúdica de lo que fue el Protectorado de España en Marruecos y la historia de los españoles que de un modo u otro fuimos sus hacedores. La mayoría de nosotros lo fuimos por la simple circunstancia de nuestra presencia en ese entrañable país y por nuestras carencias, otros añadieron sus impertinencias.

Mi narración, como todas, está tejida con una mezcla de las lecturas de los otros y de los recuerdos míos.

RESUMEN:

- De 1912 (firma del Tratado de Protectorado) hasta 1927 (culminación del desarme), fue un periodo que yo llamo constituyente. Largo período de guerritas con un gran desastre en el medio. A los españoles de mi edad todavía nos duele la vergüenza nacional que lo hizo posible.

- De 1927 hasta 1936 es el primer período y se subdivide en dos etapas: una la romántica y otra la decente y efectiva con la segunda república española. YO ERA UN NIÑO QUE VIVÍA ALLI.

- De 1936 a 1945, es el segundo período, también con dos etapas: la de la guerra nuestra y la de la guerra de los otros. O sea, lo que yo llamo el período circum-bélico. YO ERA UN ESTUDIANTE QUE IBA ALLI DE VACACIONES.

- De 1945 hasta la independencia en 1956, es el tercero y último período. Relativo bienestar económico y decadencia de valores morales si es que los hubo. YO ERA UN MÉDICO QUE TRABAJABA ALLÍ.

CONCLUSIONES:

1) Marruecos a principios de siglo no tenía ninguna necesidad de protección exterior y menos aún de la nuestra, ya que España vivía entonces una de sus crisis de identidad.

2) El argumento contrario no fue más que una falacia de la codicia comercial europea, y concretamente de Francia, para justificar la intervención.

3) La participación de España fue debida a un prurito militar mal entendido. Yo creo que fueron los militares los que arrastraron a los políticos en aquella aventura y no al contrario. Los militares hicieron las guerras casi por su cuenta y encima las hicieron mal.

4) Lo hicimos mal. Ni la relación coste/eficacia ni la del coste/eficiencia son capaces de soportar una evaluación objetiva y honesta, por mucho que los memoricidas de la historia real y hacedores de la oficial, se empeñen en ello.

Cuando se miran las cosas y los sucesos de ayer, barrenando en nuestros recuerdos con los ojos y la forma de ver que tenemos hoy, encontramos terribles mentiras, vergüenzas e iniquidades que entonces pudieron parecernos virtudes.

Esto es así, cuando contamos nuestra historia colectiva. Por el contrario, si hablamos de la nuestra personal, tenemos tendencia a olvidar, o a tratar de justificar, lo imbéciles que fuimos.

Me vienen a la memoria unos versos de G. Celaya y con ellos termino:

"Cuando se miran de frente
Los vertiginosos ojos claros de la muerte,
Se dicen las verdades:
Las bárbaras, terribles, amorosas crueldades."

Madrid, fin de siglo.